

nieron á ser ardientes propagandistas, principalmente de la revolución política.

* * *

Mis simpatías se dirigían especialmente hacia los tejedores y operarios de las fábricas de algodón. Hay miles de ellos en San Petersburgo que trabajan allí durante el invierno y vuelven los tres meses de verano á su pueblo natal para las faenas del campo. Siendo medio campesinos y medio obreros, habían por lo general conservado el carácter social del labriego ruso. Entre ellos se extendió el movimiento con sorprendente rapidez; habiendo necesidad de contener el celo de los recién venidos, pues, de lo contrario, hubieran traído otros nuevos á centenares, lo mismo jóvenes que adultos. La mayoría vivían asociados por grupos ó *artels*, tomando entre diez ó doce personas un departamento común, comiendo juntas y pagando cada una al mes su parte correspondiente del gasto general. A las residencias de estos grupos era adonde acostumbábamos á ir, y pronto los tejedores nos pusieron en contacto con otros análogos de canteros, carpinteros y demás oficios. En algunos de estos *artels* Serghéi, Kelnitz y dos más de nuestros amigos se hallaban como en su casa, pasando noches enteras hablando sobre socialismo. Además, teníamos en diferentes parajes de la capital locales especiales, á cargo de alguno de los nuestros, adonde concurrían de diez á doce trabajadores todas las noches para aprender á leer y escribir y hablar después un rato. De tiempo en tiempo, uno de nosotros iba á los pueblos de esos amigos y pasaba un par de semanas haciendo una propaganda poco menos que pública entre los agricultores.

Por supuesto, que todos nosotros, al tener que tratar con esta clase de trabajadores, habíamos de vestirnos como ellos, necesitando usar el mismo traje. La sima que separa á los campesinos de las clases más elevadas es tan grande en Rusia y tan raro el contacto entre ambas, que no sólo la presencia en los pueblos de un hombre vestido con el traje de la población promueve la general curiosidad, sino que, hasta si se ve en esta última reunida con trabajadores á una persona cuyo aspecto difiere del de ellos, al punto se despierta la suspicacia de la policía. « ¿Para qué había de ir con gente baja como no sea con mala intención? », decían los extraños. Con frecuencia, después de una comida en casa de algún potentado ó aun en el mismo Palacio de Invierno, adonde iba á menudo á ver un amigo, tomaba un carruaje, corría al pobre alojamiento de un estudiante en un barrio extremo, cambiaba mi traje de etiqueta por una camisa de algodón, botas altas de campesino y una zamarra de piel de carnero, y bromeando con los operarios que encontraba al paso, me dirigía á algún tugurio en busca de mis amigos los trabajadores. Yo les contaba lo que había visto del movimiento obrero en el exterior. Ellos me escuchaban atentamente, sin perder ni una palabra de lo que decía; y, después preguntaban: « ¿Qué podemos hacer aquí? » « Agitad, organizad — era nuestra contestación — hay que abrirse camino ». Y leíamos un cuento popular de la Revolución francesa, una adaptación de la admirable *Historia de un Campesino* de Erckmann-Chatrion. Todos admiraban á Chovel, que iba propagando

por los pueblos, distribuyendo libros prohibidos, y todos ardían en deseos de seguir sus huellas. « Hablad á otros — les decíamos —, procurad que la gente se una; y cuando seamos más numerosos, veremos lo que se puede hacer ». Nos comprendieron perfectamente, siendo necesario, más que estimularlos, contenerlos.

Entre ellos vi correr las horas más felices de mi vida. El día de año nuevo del 74, sobre todo, que es el último que pasé en Rusia en libertad, fué para mí particularmente memorable. La noche anterior había estado en una reunión de personas distinguidas, donde se pronunciaron elocuentes discursos sobre los deberes del ciudadano, la prosperidad del país y otras variaciones sobre el mismo tema. Pero en el fondo de tan pomposas arengas, una nota sobresalía. ¿De qué modo le sería posible á cada orador poner á salvo su bienestar particular? Y, sin embargo, ninguno tenía el valor de decir franca y abiertamente que estaba pronto á todo lo que no le pudiera perjudicar. Sofismas interminables sobre la lentitud de la evolución, la inercia de las clases inferiores y la inutilidad del sacrificio fueron expuestos para justificar la falta de sinceridad; todo mezclado con las seguridades que daba cada cual de su ardiente deseo de sacrificarse por el bien ajeno. Volví á casa afectado por la profunda tristeza que me había producido tanta palabrería.

A la mañana siguiente fuí á una de nuestras reuniones de tejedores, que se efectuaba en un sótano donde apenas penetraba la luz. Yo iba vestido, como otros muchos, con mi traje de pieles; y mi compañero, á quien conocían los trabajadores, me presentó, diciendo sencillamente: « Borodín, un amigo ». « Manifestad, Borodín — agregó — lo que habéis visto en el extranjero ». Y yo hablé del movimiento obrero en la Europa occidental, sus luchas, sus dificultades y sus esperanzas.

El auditorio, compuesto en su mayoría de adultos, pareció extraordinariamente interesado en la narración. Me hicieron preguntas, todas pertinentes, respecto á los más minuciosos detalles de las uniones de oficios, las aspiraciones de la Asociación Internacional y su probabilidades de éxito. Interrogándome después sobre lo que podría hacerse en Rusia y las consecuencias de nuestra propaganda. Jamás traté de disminuir los peligros de nuestra agitación, diciendo francamente lo que sentía. « A nosotros nos enviarán á Siberia uno de estos días; y una parte de vosotros, por lo menos, pasará largos meses en prisión por habernos escuchado ». Este porvenir sombrío no los intimidó. « Después de todo, en Siberia hay hombres; no todos son osos. Donde unos hombres viven, otros pueden vivir. El diablo no es tan terrible como lo pintan. Quien teme al lobo que no vaya al bosque », dijeron al partir. Y cuando, más tarde, muchos de ellos fueron detenidos, casi todos se condujeron dignamente, procurando salvarnos y no haciendo traición á ninguno.

XVI.

Durante los dos años de que vengo hablando se hicieron muchas detenciones, tanto en San Petersburgo como en provincias. No se pasaba un mes sin que experimentáramos la pérdida de alguno, ó supiéramos que ciertos miembros de este ó aquel grupo provincial habían desaparecido. Hacia fines del 73, los arrestos se hicieron cada vez más

frecuentes. En Noviembre, uno de nuestros principales centros, situado en un barrio extremo de la capital, fué invadido por la policía. Perdimos á Peróuskaya y tres amigos más, teniendo que suspender todas nuestras relaciones con los obreros de ese arrabal. Fundamos un nuevo punto de reunión más á las afueras todavía, pero pronto hubo que abandonarlo. La policía extremó la vigilancia, y la presencia de un estudiante en los barrios de los trabajadores era al punto advertida, circulando espías entre los obreros, á quienes no se perdía de vista. Dmitri, Kelnitz, Serghéi y yo, con nuestras zamarras y nuestro aspecto de campesinos, pasamos inadvertidos, continuando frecuentando el terreno ojeado por el enemigo; pero ellos, cuyos nombres habían adquirido gran notoriedad en dichos barrios, eran objeto de todas las pesquisas; y si hubieran sido hallados casualmente en uno de los registros nocturnos en casa de algún amigo, en el acto los hubiesen preso. Hubo período en que Dmitri necesitó buscar diariamente un lugar donde poder dormir en una seguridad relativa. «¿Puedo pasar aquí la noche?», solía preguntar al presentarse en casa de un amigo á las diez de la misma. «¡Imposible! — era la respuesta —; estoy muy vigilado actualmente. Mejor será que vayas á la de N». «Pero si ahora vengo de allí y me ha dicho lo mismo». «Entonces ve á casa de M., es gran amigo mío y no infunde sospecha. Pero es lejos de aquí y hay que tomar un coche: vaya el dinero». Más él, por cuestión de principios, no quería hacer uso de carruajes, y se iba á pie al otro extremo de la ciudad en busca de un refugio, ó en último término á quedarse en el alojamiento de un amigo, amenazado de ser visitado á cada momento por la policía.

Al comenzar Enero del 74, se perdió otro centro, que era el principal que teníamos para la propaganda entre los tejedores. Varios de nuestros mejores compañeros desaparecieron, aprisionados entre las garras de la misteriosa Sección Tercera. Nuestro círculo se fué estrechando, las asambleas generales se hacían cada vez más difíciles, é hicimos supremos esfuerzos para formar otros nuevos donde los jóvenes pudieran continuar nuestra obra, cuando á todos nosotros nos hubieran inutilizado. Tchaykóusky se hallaba en el Sur, y obligamos á Dmitri y Serghéi á que se marcharan también, teniendo materialmente que forzarlos á que lo hicieran. Sólo quedamos cinco ó seis para despachar todos los asuntos del círculo. Yo pensaba, tan pronto como hubiese entregado mi memoria á la Sociedad Geográfica, irme al Sudoeste del país y formar allí una liga agraria, parecida á la que tanto impulso adquirió en Irlanda del 75 al 80.

Después de dos meses de relativa tranquilidad supimos, á mediados de Marzo, que casi todo el círculo de los mecánicos había sido detenido y con ellos un joven ex estudiante, llamado Nizoukin, quien desgraciadamente había ganado su confianza, y que teníamos la seguridad trataría de salvarse contando todo lo que supiera respecto á nosotros. Además de Dmitri y Serghéi, conocía á Serdukóff, el fundador del círculo, y á mí, y era indudable que nos nombraría en cuanto lo acosaran con preguntas. Pocos días después, dos tejedores — gente de poca confianza que hasta se habían quedado con fondos pertenecientes á sus compañeros, y que me conocían por Borodín — fueron arrestados. Estos dos, de seguro pondrían á la policía sobre la pista de Borodín, el hombre

que vestido como los campesinos hablaba en las reuniones de los tejedores. Aún no había transcurrido una semana cuando todos los miembros de nuestro círculo, exceptuando á Serdukóff y á mí, estaban presos.

No nos quedaba más recurso que huir de San Petersburgo; pero eso era precisamente lo que no queríamos hacer. Toda nuestra inmensa organización para imprimir folletos en el exterior é introducirlos de contrabando en Rusia; toda la red de círculos, granjas y establecimientos con que estábamos en correspondencia en cerca de cuarenta provincias, de las cincuenta que hay en la Rusia europea, obra del trabajo lento y penoso de los dos últimos años; y, finalmente, nuestros grupos de obreros en San Petersburgo y nuestros cuatro centros diferentes para hacer propaganda entre los trabajadores de la capital, ¿cómo era posible que lo abandonásemos, sin haber encontrado á otros que mantuvieran nuestras relaciones y correspondencia? Serdukóff y yo decidimos admitir en el círculo dos nuevos miembros y transferir á ellos lo que había que hacer. Nos reunimos todas las noches en lugares distintos, y como nunca guardábamos direcciones ó nombres escritos — sólo las correspondientes al contrabando se hallaban, en cifras, guardadas en sitio seguro —, tuvimos que enseñar á los recién venidos centenares de unas y otros, en unión de una docena de cifras, repitiendo todo una y otra vez, hasta que conseguían aprenderlo de memoria. Todas las noches recorríamos de este modo todo el mapa de Rusia, deteniéndonos particularmente en la frontera occidental, que estaba sembrada de hombres y mujeres ocupados en recibir libros de los contrabandistas, y en las provincias orientales, donde teníamos los centros principales. Después, sin dejar el disfraz, teníamos que poner en contacto á los nuevos amigos con los que simpatizaban con el movimiento en la ciudad, y presentarlos á aquellos trabajadores que aun no habían sido detenidos.

En tal situación, lo que había que hacer era desaparecer del alojamiento habitual, y andar á salto de mata variando de nombre con frecuencia. Así lo hizo Serdukóff, pero como no tenía pasaporte, se ocultaba en casa de los amigos. Yo debí haber hecho lo mismo, pero una circunstancia extraña me lo impidió. Acababa de terminar mi memoria sobre las formaciones glaciarias en Finlandia y en Rusia, la cual debía ser leída en una sesión de la Sociedad Geográfica. Ya se habían repartido las invitaciones, cuando ocurrió que, en el día señalado, las dos sociedades geológicas de San Petersburgo tenían que reunirse en asamblea, y pidieron á la otra que aplazara dicho acto por una semana. Se sabía que yo había de presentar ciertas ideas respecto á la extensión de la capa del hielo hasta el centro mismo de Rusia, y nuestros geólogos, con la excepción de mi amigo y maestro Friedrich Schmidt, consideraban tales afirmaciones de un carácter demasiado atrevido y deseaban fueran detenidamente discutidas. Durante otra semana más, por consiguiente, no me era posible partir.

Gente extraña hormigueaba en torno de mi casa y preguntaba por mí, usando los más fantásticos pretextos: uno quería comprar un bosque en mi estado de Tambóv, donde no había más que prados desprovistos de arbolado. Vi rondar por mi calle — la aristocrática Morskáya — uno de los dos tejedores presos de quienes he hecho mención, lo que me confirmó en la idea de que mi casa estaba vigilada. Sin em-

bargo, yo necesitaba aparentar no darme cuenta de todo aquello, porque el próximo viernes por la noche tenía que presentarme en la sesión de la Sociedad Geográfica.

El acto al fin se efectuó: las discusiones fueron muy animadas, y por lo menos una cosa quedó demostrada. Se reconoció que todas las antiguas teorías concernientes al período diluviano en Rusia carecían completamente de fundamento, y que era necesario tomar otro punto de partida en la investigación de toda esa cuestión, teniendo la satisfacción de oír decir á nuestro más distinguido geólogo, Barbot-de-Marny: «Haya habido capa de hielo ó no, debemos reconocer, señores, que todo lo que hemos dicho hasta ahora sobre la acción de los hielos flotantes no tiene confirmación alguna en las actuales exploraciones». Y fui propuesto en dicha sesión para la presidencia de la sección de geografía física, en tanto que yo me preguntaba si aquella misma noche no iría á dar con mis huesos en la prisión de la Sección Tercera.

Hubiera sido mejor no haber vuelto á casa; pero estaba rendido de fatiga á causa del mucho trabajo de los últimos días, y á ella fui. La noche se pasó sin novedad. Eché una ojeada á mis papeles, destruí todo lo que pudiera comprometer á alguien, arreglé mis efectos y me dispuse á marchar. Sabía que mi domicilio estaba vigilado; pero esperaba que la policía no viniera á visitarme hasta bien entrada la noche, y al obscurecer poder salir sigilosamente sin que se notara. Llegó la hora esperada, y, cuando ya me disponía á partir, una de las muchachas de servicio me dijo: «Será mejor que bajéis por la escalera interior». Comprendí su intención, y bajé rápidamente, saliendo de la casa. A la puerta no había más que un coche de punto; monté en él, y el conductor me llevó al gran Neusky Prospekt. Al principio nadie nos perseguía y me consideré en salvo; pero á poco á poco observé que otro carruaje venía á todo correr tras el nuestro, y habiendo tenido que moderar su marcha el caballo que nos conducía, aquél nos tomó la delantera.

En él vi con sorpresa á uno de los dos tejedores que habían sido presos, acompañado de otra persona. El me hizo señas con la mano, como si tuviera algo que decirme, y yo ordené al cochero que parara. «Tal vez — pensé — haya sido puesto en libertad y tenga algo importante que comunicarme». Pero tan pronto como nos detuvimos, el que acompañaba al tejedor — era un policía — gritó: «¡Sr. Borodín, príncipe Kropotkin, quedáis detenido!» Hizo seña á los guardias, que tanto abundan en las principales calles de San Petersburgo, y al mismo tiempo saltó á mi coche y me mostró un papel con el sello de la policía de la capital, diciendo al mismo tiempo: «Tengo orden de conducirlos ante el gobernador general para que déis una explicación». La resistencia era imposible — ya se hallaban dos guardias próximos á nosotros — y le dije al cochero que volviera y nos llevara á casa del funcionario referido. Permaneciendo entre tanto el tejedor en el otro carruaje que seguía al nuestro.

Ahora resultaba evidente que la policía había vacilado durante diez días, no decidiéndose á prenderme por no tener la seguridad de que Borodín y yo fuéramos una misma persona; pero mi contestación á la seña del tejedor disipó tales dudas.

Ocurrió que, al salir de mi casa, encontré un joven que venía de Moscú

y me traía dos cartas: una de mi amigo Voínarolsky y otra de Dmitri dirigida á nuestro compañero Polakóff. El primero anunciaba el establecimiento de una imprenta clandestina en Moscú, y venía llena de noticias satisfactorias concernientes al movimiento en dicha ciudad; después de leerla la rompí, y como la segunda no contenía nada de particular, la guardé. Pero ahora que estaba preso me pareció mejor destruirla también, y pidiendo al policía que me enseñara otra vez sus papeles, me aproveché del momento que empleó en registrarse el bolsillo para tirarla sin que lo notara. Sin embargo, al llegar á la casa del gobernador general el tejedor se la dió al otro diciendo: «Vi que el señor arrojó esta carta y la he recogido».

Después vinieron largas horas de tener que aguardar al representante del poder civil, especie de procurador ó fiscal. Este funcionario sirve de testafiero en manos de la policía de Estado, que se vale de él en sus registros domiciliarios, á fin de dar un aspecto legal á sus atropellos. Mucho tiempo pasó antes de que se encontrara é hiciera venir á ese caballero, para que desempeñase sus funciones como fingido representante de la justicia. Me hicieron volver á mi casa, haciéndose un escrupuloso registro de todos mis papeles; esto duró hasta las tres de la mañana, pero no reveló ni lo más mínimo que pudiera perjudicarme ó causar daño á los demás.

Desde allí me llevaron á la Sección Tercera, esa omnipotente institución que ha gobernado en Rusia desde el principio del reinado de Nicolás I hasta la fecha, y que es, puede decirse, un verdadero «Estado en el Estado». Empezó bajo Pedro I con el nombre de Departamento Secreto, donde los adversarios del fundador del imperio militar ruso eran sometidos á los más abominables tormentos, que sólo terminaban con la muerte; continuó más tarde con el de Cancillería Secreta durante los reinados de las emperatrices, en cuya época la Cámara de la Tortura del poderoso Minich aterrorizó á toda Rusia, y recibió su organización actual del déspota de hierro Nicolás I, que agregó á ella el cuerpo de gendarmes, siendo el jefe de éstos más temido en el país que el mismo emperador.

En toda provincia rusa, en toda población de alguna importancia y hasta en cada estación de ferrocarril, hay gendarmes que dan parte directamente á sus coroneles ó generales, quienes á su vez lo hacen al director general, el cual en su visita diaria á palacio da cuenta de lo que juzga oportuno. Todos los funcionarios del imperio se ven sometidos á la vigilancia de la gendarmería, siendo deber de sus coroneles y generales no perder de vista la vida pública y privada de cada súbdito del zar, aun la de los gobernadores de provincias, los ministros y los grandes duques. El mismo emperador se halla bajo su más estrecha vigilancia, y como ellos se encuentran bien al corriente de la vida íntima de palacio y saben cada paso que da el zar, el jefe de los gendarmes viene á ser, si tal puede decirse, un confidente de la vida privada de los gobernantes de Rusia.

En este período del reinado de Alejandro II, la Sección Tercera era por completo omnipotente. Los coroneles de gendarmes hacían á millares registros domiciliarios, sin ocuparse para nada de leyes ni de tribunales de justicia. Detenían á quien les daba la gana; tenían á la

gente presa el tiempo que querían y transportaban á centenares al Nordeste de Rusia ó Siberia, según su capricho; la firma del ministro de la Gobernación no era más que una mera fórmula, porque ni tenía autoridad sobre ellos ni conocimiento de lo que hacían.

Eran las cuatro de la mañana cuando empezó mi interrogatorio. «Se os acusa — me dijeron solemnemente — de haber pertenecido á una sociedad secreta que tenía por objeto la destrucción de la actual forma de gobierno y conspirar contra la sagrada persona de su imperial majestad. ¿Sois culpable de tal delito?»

«Hasta que no se me lleve ante un tribunal donde pueda hablar públicamente, no os daré ninguna contestación.»

«Escribid — dijo el procurador á su ayudante: — «No se reconoce culpable». Además — continuó diciendo después de una pausa —, debo haceros ciertas preguntas. ¿Conocéis una persona llamada Nikolái Tchaykóusky?»

«Si insistís en interrogarme, escribid entonces «No» á todo lo que tengáis á bien preguntarme.»

«¿Pero y si os preguntamos si conocéis, por ejemplo, al señor Polakóff, de quien hablásteis hace poco?»

«Desde el momento que me hagáis tal pregunta, no vaciléis: escribid «No». Y si me preguntáis si conozco á mi hermano, mi hermana ó mi madrastra, escribid «No». No recibiréis de mi otra respuesta; porque si contestara «Sí» con relación á cualquiera, desde luego proyectaría algún mal contra esa persona, registrando su domicilio ó haciendo algo peor y manifestando después que yo la había nombrado.»

Se leyó una larga lista de preguntas á las que pacientemente contesté cada vez: «Escribid «No». Aquello duró sobre una hora, durante la cual pude adquirir la certeza de que todos los detenidos, exceptuando á los dos tejedores, se habían conducido muy bien. Los mencionados obreros sólo sabían que yo había asistido dos veces á una reunión de una docena de trabajadores, y los gendarmes no tenían noticia alguna respecto á nuestro círculo.

«¿Qué estáis haciendo, príncipe? — me dijo un oficial al conducirme á mi celda —. El negaros á responder á las preguntas se convertirá en un arma terrible contra vos.»

«Estoy en mi derecho, ¿no es verdad?»

«Sí, pero... ya sabéis... Deseo que encontréis esta habitación confortable. Se ha mantenido caldeada desde que os arrestaron.»

La hallé, efectivamente, en buenas condiciones, y pronto caí en un profundo sueño. A la mañana siguiente fui despertado por un gendarme que me traía el te de costumbre. A poco entró otra persona que con la mayor naturalidad me dijo á media voz: «Aquí hay una cuartilla de papel y un lapiz: escribid vuestra carta». Era un simpatizador con la idea, á quien yo conocía de nombre y que nos servía de intermediario con los presos de la Sección Tercera.

Procedentes de distintos lugares oía golpes en el muro, que se sucedían rápidamente. Eran los presos comunicándose unos con otros por el medio indicado; pero como recién llegado nada pude sacar en claro de un ruido que parecía venir de todas partes á la vez.

* * *

Una cosa me preocupaba: mientras se registraba mi casa, pude coger al vuelo algo dicho con cautela por el procurador al oficial de gendarmes, respecto á ir á hacer otro tanto en el domicilio de mi amigo Polakóff, á quien iba dirigida la carta de Dmitri. Era aquél un joven estudiante, zoólogo y botánico distinguido, con quien hice mi expedición de Vitím en Siberia. Hijo de una pobre familia cosaca en la frontera de Mongolia, había tenido que pasar por todo género de dificultades antes de poder venir á San Petersburgo y entrar en la Universidad, donde llegó á ganar gran crédito por su amor al estudio, y se hallaba sufriendo los últimos exámenes. Habíamos sido grandes amigos desde mucho tiempo en la capital, pero no se interesaba en el movimiento político.

Le hablé de él al procurador. «Os doy mi palabra de honor — le dije — que Polakóff jamás ha tomado parte en ninguna cuestión política. Mañana tiene que pasar un examen, y habréis inutilizado para siempre la carrera científica de un joven que ha tenido que sufrir grandes penalidades y luchar durante años enteros contra toda clase de obstáculos para poder llegar á su actual situación. Sé que eso os interesará bien poco; pero tened presente que en la Universidad es considerado como una de las glorias futuras de la ciencia rusa.»

El registro se hizo, sin embargo; pero se le dió una prórroga de tres días para que pudiera examinarse. Poco después fui llamado ante el procurador, quien con aire triunfal me enseñó un sobre escrito con mi puño y letra, y en él una nota, también mía, que decía así: «Tened la bondad de llevar este paquete á V. E. y encargad lo guarden hasta que sea reclamado de un modo conveniente». La persona á quien la nota se dirigía no estaba en ella consignada. «Esta carta — dijo el procurador —, se encontró en casa de Polakóff; y ahora, príncipe, su suerte está en vuestras manos. Si me decís quién es V. E., el señor Polakóff quedará en libertad; pero si os negáis á ello, seguirá detenido hasta que se decida á darnos el nombre de esa persona.»

Mirando al sobre, que estaba escrito con lápiz de carbón, y á la carta, que lo había sido con uno de plomo ordinario, recordé inmediatamente las circunstancias en que se escribieron ambos. «Tengo la seguridad — exclamé al punto — de que la nota y el sobre no se encontraron juntos! Vos sois quien habéis puesto la una dentro del otro.»

El procurador se ruborizó, y yo continué diciendo: «¿Pretendéis hacerme creer, que siendo un hombre práctico, no habéis notado que los dos están escritos con lápices diferentes? ¡Y ahora tratáis de que la gente acepte como cierto lo que tan lejos está de la verdad! Pues bien, os digo terminantemente que la carta no era para Polakóff.»

El dudó un momento; pero luego, recobrando su audacia, agregó: «Polakóff ha admitido que esta carta vuestra era para él.»

En esto sabía yo que mentía: Polakóff hubiera aceptado para sí cualquier género de responsabilidad; pero hubiese preferido el destierro á Siberia antes de comprometer á otro. Así que, mirándolo fijamente á la cara, repliqué: «No, señor; jamás ha dicho él eso y sabéis perfectamente bien que vuestras palabras carecen de veracidad.»

El se puso furioso ó aparentó que se ponía, diciendo á continuación: «Pues bien, si aguardáis aquí un momento os traeré la confirmación escrita de Polakóff sobre el particular; él se halla en la habitación inmediata declarando».

«Estoy dispuesto á esperar todo el tiempo que gustéis».

Me senté en un sofá y allí fumé innumerables cigarrillos: nada vino entonces ni después, porque tal cosa no existía.

En el 78 encontré á Polakóff en Ginebra, en cuya época hicimos una deliciosa excursión al glaciario de Aletsch. Creo inútil decir que sus contestaciones fueron tales como yo las esperaba: negó tener ningún conocimiento de la carta ni de la persona representada por las iniciales V. E. Muchos libros pasaban con frecuencia de mí á él y viceversa, y la carta se halló en uno de ellos, mientras que el sobre apareció en el bolsillo de un gabán viejo. Le tuvieron varias semanas preso, recobrando después la libertad, gracias á la intervención de sus relaciones científicas. No se molestó á V. E. y mis papeles fueron entregados á su tiempo.

No me volvieron á la celda, y media hora después vino el procurador acompañado de un oficial de gendarmes.

«Nuestra misión — me dijo — está ya terminada; vais á ser conducido á otra parte».

Más adelante, cada vez que lo veía, siempre le tomaba el pelo diciendo: «¿Qué hay sobre la declaración de Polakóff?»

* * *

Un coche de cuatro ruedas aguardaba á la puerta. Me indicaron que montara en él, y un corpulento oficial de gendarmes de origen circasiano se sentó á mi lado. Le hablé, pero me respondió con un gruñido. El carruaje cruzó el Puente Colgante, pasó después el lugar destinado á las paradas, corriendo á lo largo del canal, como procurando evitar los sitios de más tránsito. «¿Vamos á la prisión de Litovskiy?» le pregunté á mi acompañante, sabiendo que muchos de mis compañeros estaban ya allí; pero tampoco me contestó. El sistema de silencio absoluto á que se me sometió durante los dos años siguientes, empezó en este vehículo; mas cuando pasamos por el Puente de Palacio, comprendí que iba camino de la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

Admiraba la hermosura del río, sabiendo que no lo volvería á ver en algún tiempo: el sol marchaba hacia el ocaso; espesas nubes grises se agrupaban en Occidente sobre el Golfo de Finlandia en tanto que otras más ligeras flotaban sobre mi cabeza dejando ver aquí y allá partes del azulado cielo. De pronto el coche tornó á la izquierda penetrando por un pasaje abovedado, que era la entrada á la fortaleza.

«Ahora tendré que pasar aquí un par de años» le dije al oficial.

«No, ¿por qué ha de ser tanto?» contestó el circasiano, quien una vez en el interior de la prisión había recobrado el uso de la palabra. «Vuestro asunto está próximo á terminarse, y podrá pasar á la audiencia dentro de quince días».

«Mi cuestión — repliqué — es bien sencilla; pero antes de llevarme ante un tribunal intentaréis prender á todos los socialistas de Rusia y como son tantos, en dos años no habréis terminado vuestro cometido». Entonces no pude apreciar todo lo profética que era mi observación.

El carruaje se detuvo á la puerta del comandante militar de la fortaleza y entramos en su salón de recibo. El general Korsákoff, hombre delgado y ya de edad, se presentó con una marcada expresión de disgusto en su fisonomía. El oficial le dijo algo á media voz, á lo cual contestó: «Está bien», mirándolo de un modo algo despreciativo y volviendo después la vista hacia mí. Era evidente que no le agradaba mucho recibir un nuevo huésped y que se hallaba un poco avergonzado de su misión; pero parecía agregar: «Como soldado no hago más que cumplir con mi deber». Poco después volvimos á subir al carruaje; pero pronto se detuvo ante otra cancela, donde nos hicieron esperar largo rato hasta que vino del interior á abrirla un destacamento de soldados. Caminando á pie por pasadizos estrechos llegamos á una puerta de hierro, que daba acceso á una oscura galería, tras la cual nos vimos en una pequeña habitación, notable por la falta de luz y la humedad.

Varios oficiales francos de servicio, pertenecientes á la guarnición de la fortaleza, se movían de un lado para otro sin hacer ruido, con sus botas de fieltro alfombrado, ni hablar una sola palabra; en tanto que el gobernador firmaba en el libro del circasiano el recibo de un nuevo preso. Se me ordenó que me despojara de toda mi ropa y me pusiera el traje de la prisión, consistente en una bata de franela verde, inmensas medias de lana de un grueso extraordinario y chinelas amarillas en forma de barcaza, tan grandes, que casi se me salían de los pies al querer andar con ellas. Las batas y las chinelas siempre me habían sido repulsivas, y las medias gruesas jamás me gustaron. Hasta tuve que desprenderme de una camiseta interior de seda que, dada la humedad de la fortaleza, me hubiera sido de gran utilidad; pero no se podía permitir que la conservara. Yo, como es natural, empecé á protestar y quejarme de esto, y á la hora, poco más ó menos, me la devolvieron por orden del general Korsákoff.

Después me llevaron á través de un pasaje oscuro, en el cual vi centinelas armados que se paseaban, y me metieron en una celda. Una pesada puerta de roble se cerró tras mí, la llave giró en la cerradura, y quedé solo en un local donde apenas entraba la luz.

PARTE QUINTA

LA FORTALEZA. LA FUGA.

I.

Esta era, pues, la terrible fortaleza donde tanta de la verdadera vitalidad de Rusia había perecido durante los dos siglos últimos, y cuyo nombre se pronuncia siempre á media voz en Petersburgo.

Aquí, Pedro I atormentó á su hijo Alexis y lo mató con su propia mano; aquí, la princesa Tarakánova estuvo encerrada en una celda que fué tan invadida por el agua durante una inundación, que las ra-